NARRACIONES DE LA ABADÍA DE WÉSTMINSTER



La abadía de Wéstminster es uno de los más bellos monumentos de Londres. Sobre sus vetustos y renegridos muros yérguense artísticas torres de estilo griego y gótico; y su interior, majestuo samente decorado, es rico en mármoles, mosáicos y alabastro. Este templo, santuario nacional, es a la vez panteón de los más ilustres hombres de Inglaterra.

LA abadía de Wéstminster, con sus tumbas reales y sus sepulcros de hombres célebres, es uno de los principales monumentos de Londres, y el gran santuario nacional de los ingleses. Un sepulcro en esta iglesia es el mayor honor que Inglaterra concede a sus hijos más esclarecidos. Dícese que el rey sajón, Sebert, mandó construir, en 616, una iglesia y un convento de monjes benedictinos, en honor del apóstol S. Pedro, en el lugar que hoy ocupa la abadía. Aquel convento se llamó West-Minster, esto es monasterio del Oeste, por el punto en que está situado con respecto a la ciudad.

Lo destruyeron los daneses, lo reedificó el rey Edgardo en 985, y la iglesia o abadía de Wéstminster quedó terminada a mediados del siglo XIII. Tiene forma de cruz latina y el interior, de armónicas proporciones, produce excelente efecto. Entre los monumentos y sepulcros de este templo citaremos los de lord Beaconsfield, novelista y político inglés; Jorge Canning, célebre orador; el del explorador Livingstone; Ricardo Cobden, economista; Isaac Newton, Darwin, Gladstone, Shákespeare y Carlos Díckens.

La célebre abadía, en la cual son coronados los reyes de Inglaterra, está dotada de innumerables concesiones y privilegios reales.

Muchos libros se han escrito acerca de esta abadía, que tanta importancia ha tenido en la historia de Inglaterra, durante el transcurso de mil años; veinte siglos han transcurrido aproximadamente desde que en el lugar que hoy ocupa se construyó el primer edificio, que según fundadas conjeturas, fué un templo pagano. Demolido a fines del siglo II de nuestra era, sobre sus ruinas se erigió una iglesia por orden del rey británico, Lucio, cuyo único pensamiento fue levantar un templo, donde se predicara la religión cristiana y se le erigiera un sepulcro, al pie del cual oraran los monjes.

Más tarde, desapareció el monasterio y con él los monjes, sus moradores, quedando tan sólo en pie la iglesia, en el estado en que hoy puede verse.

Fué la abadía por largo tiempo el

corazón de la corte y de la vida religiosa del pueblo inglés. Ella constituyó el lugar especial destinado a la coronación de los reyes, y al solemne bautismo de sus hijos. Los abades gozaron de gran influencia y mando; mas a veces sus disposiciones excitaron la indignación del pueblo, el cual se amotinó obligándolos a buscar su salvación en la fuga. Tales disturbios no duraban largo tiempo; restablecíase prontamente el orden, los cabecillas eran decapitados y a los demás sediciosos se les aplicaba el castigo, entonces común, de cortarles los pies o las manos.



Muchos reyes de Inglaterra enriquecieron la abadía de Wéstminster con preciados tesoros. Varios caballeros cruzados regalaron a Enrique III una ampolla que, según creencia de aquel tiempo, contenía sangre de Cristo. El rey la condujo a la abadía en una gran procesión llevándola elevada sobre su cabeza, como vemos en el grabado.

Varios reyes enriquecieron con magníficos presentes la abadía y depositaron en ella las reliquias, traídas de Palestina por los caballeros que regresaban de las Cruzadas.

EXTRAÑA CABALGATA ANTE LA ABADÍA DE WÉSTMINSTER

MUCHOS de los reyes que contribuyeron a la construcción o embellecimiento del histórico templo, impusieron al pueblo pesados tributos para atender a los gastos; y aun cuando algunos de aquellos monarcas supieron mostrarse generosos y agradecidos, otros desconocieron enteramente el modo de corresponder a los sacrificios de sus súbditos.

Cuando el rey Eduardo I llegó a la abadía, para ser coronado, una gran muchedumbre se apiñaba alrededor de ella, esperando el paso de la comitiva regia. Quinientos jinetes cabalgaban en el séquito. Eran los príncipes reales y los grandes hombres del país, que montaban soberbios caballos ricamente enjaezados.

Aquella fiesta revistió una pompa y solemnidad inusitadas, por ser la primera vez que la abadía iba a presenciar la coronación de un rey y de una reina a la vez. Tal circunstancia despertaba

Extraña cabalgata ante la abadía de Wéstminster

QUINIENTOS CABALLOS SE VOLVIERON CONTRA LA MULTITUD

En las fiestas de la coronación de Eduardo I y su esposa, quinientos príncipes y nobles, después de apearse de sus caballos, los lanzaron contra la multitud.

en el concurso una vivísima curiosidad. Desmontaron, ante la Abadía, los quinientos jinetes e inesperadamente echaron sus caballos sobre la multitud. La confusión fué espantosa. Imaginémonos quinientos caballos de batalla que se lanzan desbocados por aquellas calles atestadas de gente, atropellando a niños, mujeres y ancianos. Tal fué el raro suceso del día de la coronación de Eduardo I. La única recompensa fué que todo el que lograra detener un caballo, pasara a ser su dueño. ¡Extraña fiesta en tan célebre día!.

LA REINA QUE SE REFUGIÓ EN LA ABADÍA

EN los difíciles días de la historia de Inglaterra reyes y pueblo estaban sin leyes. Se ejecutaba a los reos sin previo proceso y bastaba incurrir en la nota de los sospechosos o ser víctima de la mala intención de un tercero para subir las gradas del cadalso. No existía otro amparo que el refugio en el presbiterio de una iglesia, pues, logrado asilo en él, cesaba el peligro. Era un crimen estorbar la entrada de los perseguidos en el templo; y mayor iniquidad aún proceder a su arresto bajo de las bóvedas sagradas. Este privilegio, llamado de asilo eclesiástico, estuvo reconocido por la ley hasta el tiempo de Jacobo I; y aunque posteriormente se abolió dicha disposición legal, quedó, no obstante, en uso hasta los días de Guillermo III.



La reina viuda de Eduardo IV se refugió en la iglesia de la abadía de Wéstminster, con sus hijos en una oscura noche, huyendo del duque de Gloucester. El grabado la representa en el momento en que llegó al templo.

La abadía de Wéstminster constituyó en general un asilo inviolable, pero no faltó algún caso en que la maldad profanó la santidad de este presbiterio, y en una ocasión la mano del asesino manchó de sangre sus gradas.

Reinaba Ricardo II y su pariente Juan de Gaunt, logró persuadirle a que encarcelase a dos hidalgos, encerrándolos en la Torre de Londres, vieja fortaleza y antigua prisión de Estado. Habiendo conseguido escaparse los dos prisioneros, se refugiaron en la abadía de Wéstminster. Irritado Juan de Gaunt, determinó hacerlos salir del presbiterio, y como él era ya un hombre, y su sobrino, el rey, un niño de doce años, no le fué difícil enviar a unos cuantos soldados, para que arrestasen a los dos hidalgos amparados en el templo.

Cincuenta hombres armados penetraron en la iglesia, en ocasión en que se celebraban los oficios. Sin gran esfuerzo se apoderaron de uno de los hidalgos, conduciéndole prisionero a la Torre, mas el segundo se defendió con tal valor, espada en mano, que sólo después de haber recibido doce tremendas heridas,

cedió, cayendo muerto al pie del altar, ante los ojos de los horrorizados monjes. Este crimen suscitó en todo el país gran indignación; y la abadía permaneció cerrada durante cuatro meses; fueron castigados los caballeros que guiaron a los asesinos y hubieron de hacer pública penitencia por su gran pecado.

También de la abadía de Wéstminster salió con esposas en las manos para la Torre, el príncipe Ricardo, que con su hermano mayor murió más tarde asesinado. Eran estos príncipes hijos de Eduardo IV. Cuando este rey murió, la reina Isabel concibió gran terror del malvado duque de Glóucester que reinó después con el nombre de Ricardo III. Era el duque tío de los jóvenes príncipes y tan perverso que, no sin fundamento, temiá la reina viuda que aguél intentara hacerlos desaparecer para coronarse él rey de Inglaterra.

Muerto Eduardo IV, debía ocupar el trono su hijo, el mayor de los dos príncipes, nacido dentro de la abadía, y que a la muerte de su padre se hallaba en Ludlow. Contaba a la sazón trece años, y, siendo necesaria su ida a Londres para ser coronado rey, salió en su busca uno de los lores. No había llegado el joven rey a Nórthampton, cuando el duque de Glóucester, ávido de la corona, se apoderó de él.

La desconsolada reina Isabel resolvió salvar a sus demás hijos, y así, en una noche cerrada, marchó con el joven príncipe Ricardo y sus cinco hijas a la abadía, refugiándose con ellos en la iglesia.

Apesadumbrada y temerosa de una nueva maldad del ambicioso duque, cayó postrada la infeliz reina sobre las frías losas del templo. Acudieron los grandes hombres en su ayuda, prometiéndole su auxilio y jurándole que el príncipe sería coronado rey. Fijóse la fecha de la coronación del joven Eduardo. Los invitados aprestaron sus trajes de gala, preparóse un suntuoso banquete; mas todo inútil, porque no había de llegar el momento de lucir los vestidos ni de celebrar el festín. El príncipe Eduardo estaba en poder del inicuo duque de Glóucester que intentaba asimismo apoderarse de Ricardo, refugiado con su madre al amparo del templo.

Cuando mercenarios mensajeros llevaron a la reina viuda la nueva de que el duque exigía la entrega de su segundo hijo, la excelsa dama pronunció valientes palabras condenando aquel acto y llegró a desafiar a sus enemigos. Mas ¿qué podía una débil mujer contra un ejército? Hubo de doblegarse. Tomó al tierno príncipe en sus brazos y besándole tiernamente le dijo: «Sólo Dios sabe cuando te besaré otra vez». Después se alejó de él llena de dolor.

Los dos príncipes fueron encerrados en la Torre, y el duque de Glóucester ciñó la corona real bajo el nombre de Ricardo III. Más tarde fueron asesinados por mandato de este malvado rey, el cual prohibió hablar de ellos durante su vida.

Los restos de los dos desgraciados príncipes fueron descubiertos en una fosa, bajo de una escalera de la Torre, y traslados a la abadía.

UNA DUQUESA CUBIERTA DE HARAPOS EN LA ABADÍA DE WÉSTMINSTER

EN el reinado de Ana de Inglaterra, una de las más encumbradas damas de la corte, era la duquesa de Marlborough. Generales y estadistas se disputaban su amistad, a causa de la gran influencia que la duquesa ejercía sobre la soberana. Fué en efecto largos días la dama agasajada, la reina sin corona, pues Ana de Inglaterra se guió algún tiempo por los consejos e indicaciones de su palaciega.

¡Qué sorpresa, pues, no sería para los ciudadanos de Londres ver una mañana a la gran duquesa, envuelta en harapiento vestido, y sentada en el atrio de la abadía, al lado de sucios mendigos! La duquesa de Marlborough había perdido a su hijo, y su dolor fué tan grande,

que pobremente vestida fué a llorarle al templo de Wéstminster. A dos pasos de ella bullía un enjambre de mendigos y tahures y una porción de vagabundos y perdidos truhanes sostenían soeces conversaciones.



La gran duquesa de Marlborough, con harapiento vestido, en señal de dolor por la muerte de su hijo, iba a llorarlo a la abadía de Wéstminster.

EL CADÁVER DE CROMWELL, OBJETO DE LA IRAS DE UN REY

UN hecho vergonzoso del rey de Inglaterra, Carlos II, fué la exhumación del cuerpo de Oliverio Cromwell y de los de su madre, hermana, nieta y algunos de sus generales, sacándolos de sus tumbas de la abadía.

Cuando el mencionado rey pudo volver a Inglaterra, y fué coronado, quiso satisfacer su venganza en los cadáveres de Cromwell y los suyos. Oliverio Cromwell, llamado el *Protector* de Inglaterra, había hecho morir en un cadalso a Carlos I, padre de Carlos II, por haber herido los sentimientos del pueblo inglés aliándose con Francia contra Holanda, para asegurarse los subsidios de Luis XIV.

Hizo, pues, el vengativo Carlos II desenterrar los cuerpos de los revolucionarios, y puestos en un carretón los cadáveres de Cromwell, Ireton y Bradshaw, que habían sido sus más encarnizados adversarios, se los arrastró a Tyburn, sitio en que se ahorcaba a los criminales.

Allí fueron colgados los cadáveres de las horcas, donde quedaron un día entero. Luego, después de bajarlos, se los decapitó y arrojó a un pozo al pie de las horcas. Las cabezas, clavadas a unas lanzas, y colocadas en un lugar elevado, ofrecieron a los ciudadanos un siniestro espectáculo.

El cadáver de Cromwell, objeto de la iras de un rey

EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DE CROMWELL

Cuando Carlos II subió al trono de Inglaterra, mandó abrir la tumba de Oliverio Cromwell y exhumar su cuerpo, retirándolo de la abadía, y tratando a los restos del *Protector* del país, como si hubiese sido uno de los peores criminales. En el grabado vemos a los sepultureros ejecutando las órdenes del rey.

LA REINA QUE NO PUDO ENTRAR EN LA ABADÍA

HEMOS visto a una duquesa cubierta de harapos en la célebre abadía, y estas líneas nos dirán cómo a una reina ataviada con los pomposos vestidos de la coronación no le fué permitido entrar en aquel templo.

Fué ésta la reina Carolina, esposa de Jorge IV, hombre de malos sentimientos, egoísta y de menguados alcances. Habíala obligado a vivir sola en Londres, mientras él era príncipe heredero, y al subir al trono quiso desembarazarse de ella. Ofrecióle una gran suma de dinero, si renunciaba a ser reina, mas ella rehusó. Intentó, después, difamarla, haciendo circular el rumor de que era una mala mujer, y por tanto indigna de ser su consorte; mas este plan falló también como los anteriores.

Era el 19 de Julio de 1821, el día de la coronación, y Jorge IV encaminóse sin ella a la abadía para ser coronado. La reina Carolina, que estaba ausente, se apresuró a volver a Londres, para reivindicar sus derechos a ser coronada con el rey en la abadía.



Jorge IV fué un esposo cruel y no consintió que su consorte, la reina Carolina, fuese coronada con él. Vestida con las ropas de coronación, intentó la reina entrar en la abadía, pero, por orden del rey, le fué negada la entrada. En el grabado vemos a un oficial que la cierra el paso.

Llegó, pues, en las primeras horas de la mañana a la puerta principal del templo y pidió, como reina de Inglaterra, se le permitiese entrar. El cruel rey había dado severa orden de que se le rehusase el acceso a la ceremonia; y así los soldados le negaron la entrada. Entonces buscó otra puerta, mas en vano; fué igualmente rechazada. Llegóse a una tercera puerta, y obtuvo la misma respuesta negativa. Con el corazón traspasado de dolor, alejóse del templo. Tres semanas después moría, tal vez de pena, la atribulada reina Carolina.

UN MUCHACHO QUE DURMIÓ EN EL TRONO REAL DE LA ABADÍA

NO todas las historias de la abadía de Wéstminster son tristes, como las que hemos leído; pues en ella han ocurrido hechos sobremanera curiosos.

Deseaba un muchacho sentarse en el trono real del magnífico templo; y, habiéndose ocultado en él, cuando por la noche fueron cerradas sus puertas el

travieso mozalbete creyó llegado el momento de ver colmados sus deseos.

Como ya dejamos indicado, existe en el interior de la abadía un sillón o trono real que los ingleses llaman « la silla de coronación » y que se usa solamente cuando un soberano va a ceñir la corona.

Varias leyendas se cuentan acerca de esta silla. Debajo de ella hay una piedra, sobre la cual se acostumbraba a coronar a los reyes de Escocia; y el pueblo cree que esta misma piedra fué usada ya en Israel. Pero, volvamos a nuestro relato. El muchacho quedó solo en el templo durante la noche, y de un salto se instaló cómodamente en la silla, cayendo al poco rato profundamente dormido, cual si estuviese en su propio lecho.

Cuando a la mañana fueron abiertas las puertas de la abadía, vieron los sacristanes que el granujilla había grabado en la silla real, con su cortaplumas, estas palabras: « Yo, Pedro Abbott, dormí en esta silla ».

EL SEÑOR CONEJO Y SU CABALLO

GUSTABA al Sr. Conejo el darse importancia delante de sus amigos. Un día que estaba charlando con algunos acerca de caballos, decíanle aquellos que no tenían ninguno.

—¿Cómo? —les preguntó el Sr. Conejo—¿no tenéis caballos? Yo tengo el mejor del país y es nada menos que la Sra. Zorra.

Oyólo ésta que vagaba por allí, y después de reunir a los amigos del Sr. Conejo, les dijo que ella haría retirar sus palabras a aquel vanidoso.

—Esperad aquí—añadió—y veréis qué mal rato le voy a hacer pasar.

Corrió a casa del jactancioso, y le dijo amigablemente:



La Sra. Zorra intentaba dar un gran susto al Sr. Conejo.

—Sr. Conejo, sus amigos van a dar una fiesta y yo les he prometido que os vendría a buscar.

Mas éste, sospechando que allí había algo, le respondió que estaba enfermo y no podía caminar. Entonces la Sra. Zorra se ofreció a llevarlo sobre su lomo, mas el conejo le respondió que sin silla y bridas no se aventuraba a la excursión. Aceptó la Sra. Zorra y después de enjaezarla, montó el Sr. Conejo sobre ella, no sin haberse puesto a escondidas un par de puntiagudas espuelas. Hecho esto, se pusieron tranquilamente en camino.

« Voy a dar a este imbécil un soberano digusto », pensó la Sra. Zorra. « Yo le enseñaré a llamarme su caballo »; e inmediatamente comenzó a saltar de un lado para otro y a dar rápidas vueltas, avanzando y reculando, con intención de echar abajo al jinete; mas éste clavó las espuelas con tal fuerza que la Sra. Zorra no tuvo otro remedio que ceder en su empresa. Al llegar al punto de la reunión, ató el Sr. Conejo a la Sra. Zorra en la cuadra y entrando ufano en la casa, dijo a sus amigos.

—¿Veís cómo la Sra. Zorra es mi caballo? Es un poco levantisca, pero yo la amansaré. Dicho ésto, los llevó a la cuadra para que viesen a la Sra. Zorra. Terminada la fiesta, montó de nuevo el Sr. Conejo sobre la Sra. Zorra, y ésta avanzaba tan sosegadamente, que el Sr.